

A pesar de tratar un período reciente, la obra tiene el inmenso valor de conseguir explicarlo desde una perspectiva histórica, mostrando cómo la idea decimonónica de la educación como progreso se va desplazando en estos años por la noción contemporánea de desarrollo, cediendo a su vez la preocupación nacional por la educación en favor de una perspectiva internacional del fenómeno.

GABRIELA OSSENBACH SAUTER.

MÍNGUEZ ALVAREZ, Constanco: *El Colegio de sordos-mudos y ciegos de Burgos*. Madrid, ONCE, 1995, 144 p.

Esta obra del profesor Mínguez Álvarez viene a cubrir una laguna importante dentro de la historiografía de las instituciones educativas españolas, y muy especialmente de aquellas que han tenido como finalidad prioritaria la atención y formación de niños con deficiencias sensoriales, pues, como puntualiza el propio autor, «son necesarias más monografías para configurar los elementos más significativos sobre el origen y la evolución de las instituciones dedicadas a la atención educativa de los niños con características especiales».

Otra de las cualidades a resaltar de este trabajo es la de su oportunismo, puesto que aparece en un momento en el que se está cuestionando, desde muchos sectores de la comunidad educativa, la eficacia y conveniencia de los Centros de Educación Especial, discusión en la que el análisis histórico-educativo que hace el profesor Mínguez de una de las instituciones pioneras de nuestro país en ese terreno, *El Colegio de sordos-mudos y ciegos de Burgos*, puede aportar elementos esclarecedores.

Peró entrando ya en lo que es el contenido propiamente dicho de la obra, el autor comienza ofreciendo una interesante aportación sobre los antecedentes de la educación de los sordos en la provincia de Burgos, resaltando la contribución del monje benedictino Fray Pedro Ponce de León (1520-1584), pionero en este tipo formación en todo el país. En el siguiente apartado analiza las diversas vicisitudes de este

primer centro público para la educación de niños con deficiencias sensoriales creado en el Distrito Universitario de Valladolid —costeado por la mencionada universidad y las distintas Diputaciones provinciales pertenecientes al citado distrito (Alava, Burgos, Guipúzcoa, Palencia, Santander, Valladolid y Vizcaya), desde su fundación (1860), con la pugna por adjudicarse la ubicación del mismo, hasta la clausura (1928), en la que influye la creación de otro centro (Vizcaya) en la zona.

En el resto de los capítulos nos ofrece un estudio detallado de los aspectos funcionales del colegio, partiendo fundamentalmente de las fuentes primarias (*Expediente de creación, Libro de matrículas, Memorias, Reglamentos,...*) que afectan al mismo, desde los criterios de admisión, obligaciones y normas disciplinarias que condicionan a los colegiales, pasando por la referencia a los elementos docentes (funciones del director, tipo de profesorado y características de la inspección del centro), y terminando con todo lo referente a la organización escolar y enseñanzas impartidas, haciendo especial hincapié en el interés que se presta a la formación profesional.

Se completa la obra con un prólogo a cargo de la Dra. Mercedes Vico Monteoliva y unos interesantes Apéndices de planos y fotografías del colegio, así como las *Actas de constitución de la Comisión de los Representantes de las Diputaciones del Distrito Universitario y el Reglamento del Colegio*.

FRANCISCO MARTÍN ZÚÑIGA

OTERO URTAZA, E.; *Manuel Bartolomé Cossío. Trayectoria de un educador*. CSIC y Amigos de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1994, 420 pp.

Satisfacción y orgullo es lo que uno siente después de leer, en Santiago de Compostela, este libro sobre Cossío, escrito por un compañero en las tareas universitarias: Eugenio Otero Urtaza. Satisfacción por el resultado: un libro espléndido y necesario. Un libro hermosamente editado. Un libro cuidado y pulcro, como pulcro y

cuidado era el propio Cossío. Y orgullo: la periferia se ha impuesto al centro. Primero fue Xirau: Cossío visto por uno de los suyos. Cossío entrañable y entrañado en la mejor tradición cultural de nuestro primer tercio de siglo. Cossío, en la onda y desde la perspectiva catalana más integradora. Y después Otero: Cossío revivido y recuperado en sus breves y apretadas notas manuscritas, en sus postales y sus cartas, en sus gestos, en las mejores fotos (¡qué bonita muestra iconográfica la del libro!). Cossío como un personaje que se fue amasando a sí mismo con los años hasta alcanzar la plasticidad de una figura del Greco —estudiado tan originalmente por él mismo—. Aromas de San Fiz, cerca de Betanzos, segunda residencia de Cossío. El aire de Galicia —que el mismo Cossío evoca en Edimburgo un día—. Escenario en el que Eugenio Otero siente a Cossío y escribe sobre Cossío. Análisis, en fin, desde la periferia, de una labor realizada y enraizada eminentemente en Madrid capital y permanentemente oxigenada por el aire limpio y puro del Guadarrama...

Parece un hecho seguro: desde las páginas emocionadas del homenaje colectivo a un Cossío aún caliente —*Revista de Pedagogía*, 1935—, nadie había calado tan hondo en el alma del maestro como J. Xirau (1945), desde el exilio (se había abierto ya el largo silencio negro de los cuarenta años...). Y, desde entonces, nadie había logrado —entrando con tanta sutileza en la intrahistoria del personaje— una recuperación tan tensa e intensa como la de Eugenio Otero (1994).

¡Y estamos todavía en la «primera parte»! Estamos en la «trayectoria vital de un educador». Queda por llegar la «trayectoria profesional» —una segunda publicación, una segunda entrega—. Aunque ya se adivina... Porque de tal vida, tal magisterio. Y Cossío es el ejemplo más encendido de una labor magistral en la educación española de este siglo.

Cossío —Eugenio nos lo sugiere a cada instante en su obra— es el ejemplo más claro del maestro que se perpetúa a través de la acción y la palabra. Apenas sin textos. Aunque, eso sí, los suficientes para que su biógrafo último haya sido capaz de reconstruir su vida partiendo de la letra menuda y apelmazada de sus rápidas notas. Cossío, un

puro nervio pedagógico, un renovador impaciente e irónico, un maestro con clase, capaz de despertar la envidia y la admiración de los grandes de la escritura de su tiempo (Unamuno, Castro, Ortega). «Un arquetipo de reformador», tal y como dice Otero Urtaza en el último capítulo de su libro. No importa que Cossío no haya llegado al fondo de la crítica del sistema educativo como reproductor de un sistema socioeconómico y político injusto y de clase. Ni siquiera importa que pueda ser verdad lo que afirmaba Lerena: que Cossío era un aristócrata de la cultura que sólo se asomó de vez en cuando a las cuestiones sociales.

Porque lo cierto es que Cossío estaba sólidamente instalado en unas coordenadas ideológicas que le permitían desempeñar en todo momento un papel clara y objetivamente republicano y progresista. Cossío se situó siempre en el eje que llevaba de la lucha por la renovación y la modernización del aparato escolar del viejo Estado a la República. Cossío estuvo circulando permanentemente de una República a otra. Eso es lo que contaba. Y eso es, probablemente, lo que sigue contando...

En su libro, Eugenio nos lleva, pues, de la mano —desde la primera a la última página— de lo cotidiano a lo sublime en Cossío. De una vida clara —y, a veces, dura— al amor por su obra pedagógica, por su «casa» (la Institución Libre de Enseñanza, la ILE, la queridísima «Insti»...), por su visión soñadora de la educación, por la gran pasión de su vida. Siempre con los pies en la tierra y con la cabeza en las nubes...

Porque Cossío —aparentemente tan idealista y soñador— tenía un condenado sentido práctico de la existencia y de lo que era menester entonces en España. Sabía muy bien que la educación era una palanca imprescindible de transformación social, pero no ignoraba que una transformación pedagógica era, en la práctica, imposible, sin una renovación política previa. ¿Renovación o revolución? He ahí su gran duda. El no quiso entrar a fondo en el dilema. Se «refugió» en lo pedagógico y dejó para otros lo político, aunque sabía que «política» y «educación» son dos conceptos, dos prácticas que caminan juntas. Pero juzgaba que ambas cosas a la vez eran demasiado para él...

No obstante, nada más lejos de su intención que el no-compromiso. Cossío toma partido sin ser un hombre de partido. Su republicanismo de base y de principios así lo atestigua. Con su laicismo. O como su europeísmo desmitificador... Cuando viaja por Europa —y lo hará repetidamente— no adopta una actitud papanatista —Otero insiste en ponerlo de relieve—. Al contrario, dirá a Giner en una carta: «he visto muchas cosas, pero como lo nuestro, nada...». Está seguro de sí mismo y de lo que quiere. Como bien indica Eugenio Otero, en el final de su libro, le interesa, por ejemplo, el modelo educacionista inglés, pero le interesa más como forma que por otra cosa, le importa institucionalmente, pero prescinde de la ideología que subyace en aquel sistema educativo. En ese sentido, Cossío estaba íntimamente penetrado de la mejor tradición cultural española.

Así pues, apertura a Europa, sí. Copia mecánica, no (como Ortega, cuando habla de las excelencias del sistema universitario alemán, pero contextualizándolo en todo momento). Es como si nos dijera: modernicemos España, sí pero ¡cuidado!, que en toda partes cuecen habas... Cossío viajó por Europa para aprender, pero también enseñó a algunos muchas cosas. No debe ser una casualidad, por ejemplo, que, para Md. Srader, sobrina y heredera de Fröebel, ninguna escuela infantil de Europa alcanzara la altura y la calidad de la Institución. Todo un dato.

Mérito extraordinario el de este libro de E. Otero, que prescinde casi por completo de las fuentes de otras fuentes. El ha ido directamente y sin miedo al propio manantial de su biografiado. Y se atreve con todo. Y nos da su propia interpretación. Lejos, pues, esta obra de toda asepsia descriptivista. Otero apechuga con todos los riesgos. Desde las siempre ambiguas relaciones afectivas entre Giner y Cossío hasta la valoración de la impronta de la ILE en la vida cultural y política española en este siglo.

Me ratifico, pues, en lo que antes dije: nadie entró tan a fondo en el alma de Cossío —desde los textos de Xirau— como Eugenio Otero, con este su libro, ya en la lejanía de aquellos surcos profundos de nuestra historia que deberán volver a dar

una nueva cosecha, si no queremos que la esterilidad antiética que nos envuelve acabe con nosotros.

HERMINIO BARREIRO RODRÍGUEZ

PASTOR PRADILLO, José Luis: *La educación física en España: fuentes y bibliografía básicas*. Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1995, pp. 990.

Toda obra de bibliografía suele ser ingrata. Lo es porque sólo en contadas ocasiones se ve recompensada por el reconocimiento recibido, y en muchas más es contestada y cuestionada por las lagunas que el usuario de la misma hace de ella. Forzosamente siempre es incompleta, pretenciosa, «desorientada». Este podría ser el tipo de crítica relativamente frecuente, fácil y tópica que cualquier «saqueador» osado es capaz de realizar. Tan frecuente como el servirse de ella sin citar.

Quienes hemos realizado alguna aproximación al tema bibliográfico conocemos de cerca el esfuerzo que requiere su elaboración, por precaria que sea (y éste no es el caso que nos ocupa), y valoramos el interés y ayuda que representa para trabajos posteriores de investigación. Tenemos conciencia rápida de las limitaciones que ofrece a las pocas horas de darla a la imprenta. Por tanto, en aras de la prudencia y el respeto eludamos la crítica facilona.

El trabajo que reseñamos se sitúa de lleno en el terreno movedizo a que aludimos, pero vamos a prescindir de comentar sus lagunas, errores, confusiones, ausencias, o deficiencias de planteamiento (que de todo ello tiene). Preferimos valorar, y de forma muy positiva, las más de 16.000 entradas bibliográficas que aporta y la mucho más afinada recopilación legislativa sobre la educación física que incorpora en la parte final.

Como bien indica el autor en la introducción, desde aquel lejano trabajo de Rufino Blanco de 1926 sobre la «Bibliografía de la educación física» se han producido algunas aportaciones parciales. Y añadimos nosotros que tal vez sea esta obra de Pastor Pradillo la mejor contribución al tema que